

# JVEVES CINEMATOGRAFICOS DE El Dia Gráfico

No es precisamente «El pensador», de Rodin; pero, indudablemente, la actitud de esta bella muchacha indica que está pensando en algo muy profundo... no tanto, claro, como la belleza de sus ojos. La pensadora es Doris Dawson, que ya se ha codeado con numerosos «astros» como dama joven, se presentará próximamente con Charlie Murray



NVM  
79  
SEPTI-  
EMBRE  
6-1928

Lily Damita conversando amablemente con su amiga Vilma Banty



En el armamento cinematográfico se ha encendido un nuevo astro español: el catalán Teodoro Busquets. Por de pronto, va en un automóvil estupendo. Su interpretación del papel de traidor en «La última cita», de la Nacional Gaumont, seguramente le llevará al éxito



Una mujer y un perrito. El perrito ofrece una «cara» de completa felicidad; no a otra equivale el ser mirado por tal mujer, con tales ojos. Ella es Sally Phipps, que hace una espléndida creación con Nick Stuar y Earle Foxe, en la superproducción Fox «Con la cámara al hombro».

Un «firt». Josephine Dunn y William Haines, de la M. G. M., con los autores. Pero su devaneo, que ocurre en un descanso, nada tiene que ver con la nueva película de Haines acerca de la vida entre bastidores para la cual están caracterizados.



¿Habrá vulnerado la Ley Seca este buen gendarme, que no es otro sino Charlie Murray, el popular cómico de la First National? Ya lo sabremos viendo «Do Your Duty», su próxima película.



Marceline Day, en «Bajo el Águila Imperial», de la M. C. M. Emperatriz ella también, sin duda por su rostro, por sus ojos, por su gesto de «ingenua dominadora»

# RODOLFO VALENTINO

## EL RECORDADO

“Debo admitir que no soy indiferente ante los encantos del bello sexo”, afirmó el galán universal, pocos días antes de morir

Dijérase —no obstante los meses transcurridos— que no ha muerto Rodolfo Valentino. Así de permanentemente vive en la memoria de los públicos y en las planas de la Prensa mundial.

Ahora, recientemente, se han publicado unas declaraciones que hizo Rodolfo Valentino pocos días antes de morir, refiriéndose a su vida con Natacha.

Dicen así:

«Me veré obligado a desilusionar al lector que espere algo sensacional. No le pegué a Natacha. No me tiró con planchas ella a mí. Lo siento; pero no hemos hecho cosas semejantes. Ni me opuse a que ella siguiera una carrera: su propia carrera. Ni le pedí que tuviera hijos. Yo quería que ella tuviera lo que quisiera, en tanto que yo pudiera conseguirlo. Yo quería que ella hiciera lo que quisiera; y si yo no podía ayudarla a realizarlo, en modo alguno se lo estorbaba. En otras palabras: yo quería que ella fuese feliz, y procuré que lo fuera, tanto como pudiera procurarlo cualquier otro hombre. Nunca estubo a discusión el que ella se quedara en casa y se dedicara a los quehaceres domésticos. De ninguna mujer se sabe ya que se quede en casa y se entregue a las labores del hogar. En Los Angeles, las esposas tienen sus propios automóviles, por regla general, y van y vienen a su antojo. Afortunadamente, pude yo librar a mi mujer de los trabajos caseros y de toda clase de faenas».

«El descontento en el matrimonio, lo mismo que en el resto de la vida familiar, suele ser acumulativo. No es una ofensa repentina, caprichosa o dramática lo que determina el que uno se vaya de casa a fin de librarse de la presencia e influencia de los parientes, y ponerse fuera de su ambiente a toda costa. A menudo hay una constante declinación en el interés mutuo, en la simpatía, en la estimación».

Se refiere después a un supuesto joven «que se halla demasiado estrechamente constreñido por una muchacha ambiciosa. Al principio, ella le estimula a hacer cosas «grandes y mejores». Es, en verdad, generosa y útil. El se siente emocionado y halagado al ver cómo ella se consagra a los ideales de él, cómo se dedica a lo que a él le interesa. Ambos forman, con entusiasmo el plan de la carrera del joven. Recibe él con beneplácito el consejo de la muchacha; y, siguiéndolo, ve que ha sido cuerdo. Cuerto, porque, en la primera flori-

ción del amor, mientras ella está muy enamorada de él, piensa ella con su corazón, más bien que con su cabeza, y llega intuitivamente a conclusiones acertadas. Tiene inspiraciones y facultades de adivinación, que la mujer calculadora nunca puede poner en juego en pro del hombre a quien ella quiere empujar sólo por utilidad y engrandecimiento propio. Se casan. Ella renuncia a su carrera —si la tiene— para ayudarlo a él en la suya mejor y más completamente. De un modo casi inapercibible, pero lento y seguramente, cambia la actitud de la muchacha. Poco a poco, va percatándose él de que, si bien es cierto que ella abandonó la propia carrera, no ha renunciado a la idea de tener una carrera. Ha comenzado a seguir otra, que consiste en manejarle a él para llevarle al triunfo. Ahora bien: me diréis que el hombre debiera estar profundamente agradecido de eso. Sí y no. Aguardad un momento. En los períodos de amistad y de cortejo, ella le consideraba, pesaba y aconsejaba con la mira puesta en él mismo, con relación a la profesión o arte que él mismo trataba de dominar, con relación al público o a las empresas a quienes él procuraba servir, atraer, conservar».

«Con el matrimonio y la rutina del vivir de cada día—sirvientes, presupuestos caseros, ropa, los amigos de él, los amigos de ella, la familia de él, la familia de ella, y lo demás por ese estio—ella comenzó inevitablemente a considerar a él y a ellos con relación a ella misma también. ¿Intervendrían ellos? ¿Tendrían la pretensión de aconsejarle y de hacer proyectos antes de consultárselo a ella? en otras palabras: ¿usurparían su posición de amiga, guía y filósofa? ¿Pondrían en peligro su puesto y sus poderes? Luego entra la imprescindible cuestión de dinero—mucho dinero. Cuando se tiene una residencia, les tan necesario dar fiestas y todo eso! Y si uno no hace dinero—más y más dinero—uno se va quedando atrás en la procesión».

«Las relaciones deben ser apreciadas según el lugar que ocupan en la procesión. Hay que cultivarlas o desechárlas en proporción directa de la ayuda o del estorbo que puedan aportar respecto del afán de prosperar social, profesional o financieramente. Ahora bien: yo siendo latino, no soy, por naturaleza, eso que vosotros los norteamericanos, llamáis «práctico». «El latino puede buscar amigos que, al parecer, no valen gran cosa, y nunca valdrán». «Pero aportan a su vi-

da mucha distracción, alivio de las exigencias del trabajo, o lo que sea. Así ocurre que un latino puede querer llevar tal amistad como llevaría una bella flor: por ella misma, porque es hermosa y fragante, y está en consonancia con lo mejor que hay en él».

«Pues bien, ¿qué sucede cuando un hombre descubre que está siendo manejado en todos los ramos de su propia vida: lo mismo en aquellos en que pueda necesitar dirección, que en aquellos en que, por conveniencia de su propio desarrollo, debiera tener libertad de volición y selección? El resultado es que todo ese manejo llega a fastidiarle. De repente, se manifiesta tan enérgico como antes era débil. Decide resueltamente ser él mismo y hacer lo que le agrada. Descubre que puede contratar a un competente consejero y guía en los negocios, y vivir su propia vida, por decirlo así. ¿Qué hace una esposa cuando el gobierno de la carrera de su marido, se le quita de las manos? Puede retornar a su propia carrera, y ser solamente esposa; porque, después de todo, el gerente de negocios no tiene un pecho blando y femenino sobre el cual un actor fatigado puede reclinar la cabeza cuando llega la noche. Si ella es más amante que orgullosa, se dará por convencida y se avendrá a arreglar lo necesario para comenzar de nuevo sobre una nueva base. Si su orgullo predomina, ella, probablemente, azotará el rostro del marido con un acto de divorcio».

«El mundo sabe lo que ocurrió en mi caso; y esa es la respuesta. Ni tengo pesar ni remordimiento. Disfruté el matrimonio con Natacha, e hice cuanto pude para hacerla dichosa. Diga ello o piense lo que quiera, ahora, también sacó mucho de nuestra convivencia: lo mismo en cosas materiales que en momentos dichosos».

«Ni estoy acongojado ni carezco de hogar. Tengo una secretaria y unos cuantos sirvientes de confianza; de modo que tengo quien me cuide. Este verano traje conmigo, de Europa, a mi hermano y a su esposa».

«Quizá este relato de mi segundo naufragio en los escollos del matrimonio desmienta la fama de que tan injustamente gozo: la de ser un «gran amante», lo mismo en la pantalla que fuera de ella. Supongo que se dice esto de mí con la mejor intención; pero no me halaga».

«Sin embargo, debo admitir que no soy indiferente ante los encantos del bello sexo.—Rodolfo Valentino».

## AMANE CER

### Algo acerca de esta extraordinaria película de la Fox

Días pasados fué pasada de prueba «Amanecer», a cuya excepcional producción dedicaremos hoy el espacio que se merece. Se trata de una película que en mucho tiempo no olvidaremos.

Durante los siete meses que ha pasado en América el famoso director alemán F. W. Murnau, dirigiendo «Amanecer» ha hecho algunos descubrimientos importantes relacionados con la vida y los métodos americanos. El suele resumir sus impresiones diciendo:

«América es inagotable en cuanto a ideas y originalidades.»

»Con sólo unos días de viaje se encuentran fondos naturales para representar cualquier país del mundo. Puede decirse que los productores americanos han construido trozos de Francia y Alemania a medida que los fueron necesitando para fondos. Así es, y lo notable es que la naturaleza especial de California hace posible

estos calcos de secciones de Europa en sus enormes Estudios.

»Naturalmente en Fox Film, se ven permanentemente grandes escenarios que representan aspectos de diferentes países. «El Séptimo cielo» ha sido filmado en una realística sección de Montmatre. Algunas escenas del «Precio de la gloria» fueron filmadas en un pueblecito francés, construido en los terrenos de Fox.»

Mr. Murnau terminó diciendo que la Cinematografía rápidamente había ganado la consideración de arte, y que como arte, es internacional.

La primera película americana de Murnau «Amanecer» es internacional. Sus intérpretes son Georges O'Brien y Janet Gaynor.

Probablemente, ninguna película en la historia del arte cinematográfico ha ejercido tanto influjo sobre pintores, escultores, arquitectos, ilustradores y artistas en general, como «Amanecer», la obra maestra de



F. W. Murnau, que dirigió este film

F. W. Murnau, honra de la marca Fox.

Se la ha llamado «poema cinematográfico», «poesía en imágenes», «visión de belleza» y otros calificativos encomiásticos por significadas personalidades del arte y de la literatura.

Entre otros muchos que recientemente han elogiado «Amanecer», recordamos a los famosos ilustradores de revistas y libros Neysa McMein, Chester, Beach, Fred, MacMonnies, Gale S. Corbett, Charles C. Curran y Elliott Dalingerfield.

Esperamos, pues, que en España se confirmará oportunamente el éxito internacional de «Amanecer», de la que Janet Gayner—su protagonista—, ha dicho:

«Mientras me hallaba entregada a mi modesta labor en la reciente cinta de la Fox Film, titulada «Amanecer», bajo la dirección del gran director Murnau, todo me parecía tan sencillo, tan natural, que no llegué a pensar por un momento siquiera que su proyección en la pantalla llegaría a conmoverme tan profundamente.

Sin embargo, debo confesar que cuando la ví en el lienzo por primera vez hubo pasajes en que reí a carcajadas y otros en que lloré íntimamente; me parecía palpar lo que pasaba ante mi vista y sentía miedo por mí misma.»

Esta es la palabra precisa, el más justo elogio que de «Amanecer» puede hacerse. Una película que emociona y deleita, que hace reír y hace llorar.



Los intérpretes: Janet Gaynor, George O'Brien



## VON STROHEIM

Erich von Stroheim es una especie de elefante adolescente, un gigante bien nutrido, pulcro, perfectamente afeitado y que viste impecable. Sus dientes iguales y blancos y sus enormes manazas, atraen a las mujeres. Su brutalidad las encanta, las fascina.

Cuando desembarcó en América, no veía porvenir; ninguna carrera que pudiera llamarse brillante se le ofrecía.

Podría casarse con la hija de un multimillonario, establecer un negocio, abrir un bar, o fundar una nueva religión, y entre todo lo mencionado optó por el cine.

Se apoderó de este formidable instrumento y lo hizo trabajar a su antojo. Sus primeras películas dieron mucho que hablar; resonaron en América como cañonazos.

Von Stroheim ha hecho del aparato cinematográfico, un bisturí, que maneja con rara habilidad. Hunde con ensañamiento este bisturí en la carne grasa y corta sin piedad hasta dejar al descubierto las entrañas del paciente. Hasta la fecha ningún cinematografista se había atrevido a ir tan lejos. El objetivo no había penetrado todavía tan profundamente en las almas como hasta ahora; no había registrado con una precisión tan matemática, tan fiel y tan inexorablemente los pensamientos y hasta las intenciones, buenas, perversas e informes del hombre. Nunca había alcanzado el cinematógrafo un realismo tan poderoso, tan veraz, un realismo que supera a la realidad, que la amplía y deforma a su sabor de manera curiosa. No obstante, no debemos considerar a Stroheim como un cirujano impasible y concienzudo.

Stroheim ascarba, araña en las almas, rabiosamente, con frenesí, obedeciendo a un deseo que le mina, que le tortura, que le devora.

Bueno hasta la exageración, con su corpachón de gigante, que encierra un alma gigantesca también, nos hace el efecto de un Hércules prisionero en un mundo triste, convencional y falaz, del que quiere evadirse, después de haber visto todo, saber todo y comprender todo. Obstinámente, con la peculiar tozudez nórdica, incansablemente y dolorosamente busca una salida, una solución... ¡Todo en vano!

Las tinieblas lo envuelven, la solución no se ve por ninguna parte, está lejos y a su alrededor gruñen y se agitan inmundas, asquerosas y gesticulantes criaturas; los hombres. Entonces, loco de dolor, coge sus herramientas y las pone en juego, las enfoca hacia todo lo que le rodea, sin piedad, ahogado por la miseria y la desesperación, con una especie de complacencia, de lúgubre y atroz alegría. Y así de su cólera nace un mundo bufón, horrible y contrahecho, como guñolesco reflejo del mundo real en un espejo deformante.

Dostoiewky también debió sufrir enormemente al dar vida, realidad tangible, a los "Hermanos Karamazoff".

El cine constituye para Stroheim un medio de expresión. Sabe encuadrar magistralmente el drama interior, y su estilo es siempre maravilloso y limpio. La escena final de "Greed", que consideramos una obra maestra, lo acredita.

...La piara de comerciantes hipócritas,

## TRIPTICO DE "ASES"

tas, la de santurriones y mogigatos, aulla y le enseña los dientes sin llegar a morderle. La potente y recia personalidad de Erich, les molesta y les asusta; pero él no les hace caso, los desprecia.

Es muy difícil que estos pigmeos logren vencer al Gigante.

### JAMES CRUZE

James Cruze es "l'enfant terrible" de Hollywood.

Pletórico de juventud y salud, ávido, impetuoso, continuamente busca nuevas emociones y nuevas aventuras. Se le ha comparado a uno de esos prodigiosos malabaristas que ante un público absorto ejecutan los trabajos más raros e inverosímiles.

Pero Cruze, al ejecutar estos juegos de ilusionismo, lo hace para divertirse, por su propio placer, y hace que dancen vertiginosamente y hagan piruetas y cabriolas, el aparato, los clowns, los intérpretes... y de este modo se divierte locamente.

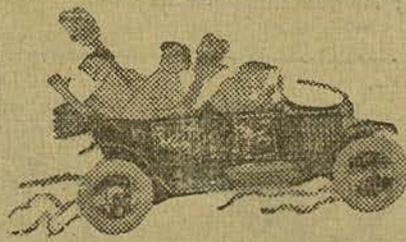
Sucesivamente nos ha sorprendido este muchacho con una comedia fantástica y llena de emoción, un film "donde no pasa nada", que es fiel reflejo de la ridícula y monótona vida de los pequeños burgueses, y otro film de "gran espectáculo" con el concurso del ejército, la marina y la aviación.

Mañana "rodará" "La Divina Comedia" o un novelón por entregas policíaco o un film sin escenario y sin intérpretes. De él puede esperarse todo por inverosímil que parezca.

Los productores le temen como a la peste, le maldicen... y le dan todos los millones que les reclama.

James Cruze es judío. Antes de ser cinematografista, fué jornalero, vagabundo, periodista, comerciante, etc. Su insaciable curiosidad hizo que se convirtiera en un viajero ávido de conocer mundo, meterse por todos los ámbitos, tomar todas las carreras. Si su espíritu inquieto hubiera continuado "estudiando la vida", hoy sería millonario o estaría preso. Tal es su complicada psicología que no admite términos medios. Felizmente cambia sus vastos y azarosos proyectos por un aparato cinematográfico.

Todas sus películas están saturadas de su encantadora fantasía, que discurre libremente, como las límpidas aguas de un murmurante arroyuelo y llevan un poco de alegría y otro poco de olvido a sus tristes compatriotas...



Cruze es jovial, enormemente alegre, y en sus extravagancias acrobáticas, en sus trucos de prestidigitador, muchas veces, y aunque él lo quiera evitar, hay algo de amarga ironía, de la amargura del pueblo errante de Israel.

A Cruze le gusta divertirse y divertir a los otros. No obstante, muchas veces sufre, y entonces siente la imperiosa necesidad de mezclar en sus farsas un poco de hiel, un dejo de amargura. Mas esto no dura mucho; pronto se rehace, reprime su mueca de dolor, su rictus sombrío se desvanece, y se nos vuelve a mostrar jovial; se excusa, se distrae, y para olvidar inventa nuevos "trucos", deliciosamente estrafalarios, pero bellos.

América es un país triste. La fantasía constituye casi un crimen de lesa moral en el país del "Onclé Sam", y Cruze es un genial fantasista, uno de los raros "cineastas" que no consideran su aparato como un instrumento de propaganda puritana. De un film insignificante, hace un verdadero poema humorístico, sencillamente encantador.

Aventurero, poeta y "cineasta", son la mejor ejecutoria para que Cruze nos sea infinitamente simpático.

### JAEN HERSHOLT

Jean Hersholt es danés. Su biografía puede compendiarse así:

Capítulo primero: la nieve, el mar, la selva, los skis, los cuentos del viejo Andersen.

Capítulo segundo: la escuela piro-técnica de Copenhague, el taller, las máquinas, los números.

Capítulo tercero: América, los estudios.

Pocas películas de Hersholt hemos tenido la fortuna de ver; recordamos, no obstante, "Rapaces", y otra cuyo melodramático título es "El sacrificio de un padre", realizado por Sloman. El escenario, "la mise en scène", el decorado de este film, hacen recordar invenciblemente la pobre y pretenciosa tienda de un fotógrafo pueblerino.

Pero Hersholt hace el papel de padre tan admirablemente, que es imposible mirar esta película sin emocionarse, sin que las lágrimas acudan a los ojos. Veraz, emocionante, magníficamente humano, Hersholt nos hace aceptar hasta con gusto, la parte inverosímil de la película.

Hay en América un gran número de excelentes jóvenes "estrellas" y algunos grandes artistas de composición, aferrados, desgraciadamente a su "género" y por lo tanto condenados a representar siempre el mismo papel.

La pantalla americana esperaba su Jannings, su gran trágico capaz de desempeñar los papeles más diametralmente opuestos y más diferentes, con la misma seguridad. Si Hersholt no se ha decidido todavía por desempeñar para siempre los papeles de padres nobles y si los directores le dejan libertad de acción, creemos que esta laguna la salvará magistralmente.

Comediante sensible e inteligente, trágico poderoso, sin afectación, con una fuerza enorme de adaptación, es uno de los únicos llamados a proporcionarnos hermosos y puros placeres.

B. 3.

## VIDAS TASADAS

# El calvario de los "extras".—No todo lo que reluce es oro.—25 dólares por una vida

¡Hollywood! Santa y mágica palabra que compendia las aspiraciones de todos aquellos que sienten correr por sus venas sangre de artista; palabra falaz, engañosa, que ha truncado un enorme cúmulo de ilusiones almacenadas por todos los que, alucinados por el brillo del oro, como las mariposas por el de la luz, han acudido en tropel a buscar el metal redentor y se han visto defraudados, desilusionados, y lo que es peor, vencidos.

Hollywood puede decirse que es el punto del mundo más visitado por el emigrante-artista. Allí, como en otra ocasión expusimos, acuden gentes de todas las partes del mundo, ávidas de mostrar sus cualidades para la pantalla, y como es lógico, algunos, muy pocos, llegan a la cumbre de sus aspiraciones, pero la mayoría se estrella y no pasan de desempeñar modestos papeles de comparsas o «extras» como allí se les llama.

Estos son los parias de la cinematografía. Su sueldo oscila entre seis o siete dólares por día de trabajo, pagados puntualmente después de filmada la escena o escenas donde intervienen.

Ganar seis dólares en Hollywood, es equivalente a ganar seis pesetas en España. Por lo tanto nos abstenemos de hacer comentarios, en lo que afecta a la parte monetaria tan exigua y tan mezquina. No obstante, nuestros lectores comprenderán que con ese sueldo es imposible vivir con decoro, y menos en un lugar donde las cosas tienen un valor exageradísimo.

El Calvario de los «extras», sus infortunios y sus andanzas, llenarían páginas enteras. Omitimos esta parte tan dolorosa por no producir una mala impresión en nuestros lectores.

Baste decir que los hay que alternan sus trabajos cinematográficos con otros que se agencian en restaurantes, cervecerías y aun en casas particulares, como jardineros, ayudas de cámara, etc.

Hay otros más audaces, que no vacilan en servir de «dobles» cuando una «estrella» que tiene que verificar algún ejercicio arriesgado, no se decide porque comprende que peligra su vida o por lo menos la integridad del físico.

Entonces, la Empresa, se apresura a poner en la puerta del estudio un cartelito anunciando que se necesita un «doble» estipulándole en concepto de honorarios 25 dólares. A estos «dobles» «suicidas» se les llama «stunts».

Ser un buen «stunt» es tener un valor acreditado y haberse roto, por lo menos, un par de huesos. Cuando se habla de uno de estos seres, se acostumbra a decir en los estudios: «Fulano es el «suicida» más grande de América. Ha sido víctima de tres ac-

cidentales filmando tal o cual película» y con estas palabras queda hecha su biografía que dice más para las Empresas que todas las recomendaciones.

Generalmente los «stunts» son varones, pero eso no quiere decir que monopolice el sexo masculino la profesión.

Uno de los «suicidas» que más han conseguido destacarse por sus arriesgadísimos ejercicios y por la naturalidad con que los ejecuta, es el joven Buddy Mason. Este muchacho acepta siempre los trabajos que se le confían y que acostumbran a ser de órdago. Toma la vida como un episodio preliminar de otra mejor, y por eso siente un desprecio tan profundo por ella. Hasta en su caja de aseo y «maquillaje» puede leerse el rótulo de un humorismo macabro, que reza así: «El suicida, Buddy Mason. «Stunt».

Es un hombre singular, extraordinario, dotado de una fuerza de voluntad sin límites y con un sistema nervioso dominado en absoluto por su voluntad. Si alguna vez vais por Hollywood y preguntáis por él, os dará razón todo el mundo. Es un ser admirado; y ser admirado en aquella república del arte mudo es ser «algo». No obstante, sus honorarios no exceden en mucho a los de los otros «stunts».

Saltan de un caballo a un tren a 80 kilómetros por hora; pasar de un aeroplano a otro en pleno vuelo; tirarse de un globo a una altura de 25 metros al mar; dar un salto formidable desde una roca a un remanso de un río... esto es corriente en él, es su trabajo y lo ejecuta sin inmutarse y sin alharacas.

En cierta ocasión, al entrevistarlo (porque ha tenido el honor de la entrevista) un chico de la Prensa y preguntarle cuál era el mejor «stunt» de todos los que había, contestó sin vacilar: «El mejor «stunt» es el que siendo más diestro, ha estado más veces en el Hospital».

Y al decir esto, lo hacía con una sonrisita burlona y persuadido de que el mejor era él; ha estado catorce veces en diferentes clínicas y hospitales, de las cuales, nueve, por causas graves.

Otro «stunt» formidable ha sido el aviador Dick Grace, el que cansado de volar y hacer acrobacias en el aire y simular una serie de caídas violentas,

se descubrió que en una de éstas tenía el cuello roto; este descubrimiento se hizo después de posar, repetidas veces, para la Prensa gráfica.

Al Wilson es un niño travieso e inquieto que no ha conocido jamás lo que es miedo. Para él no existe esta palabra en el diccionario. Ha sido «recordman» de la copa Ford en automóvil y ha batido también varios records en su moto. Actualmente, y a consecuencia de una catástrofe simulada de automóvil, que fué real, ha dado con sus huesos en el Hospital. Ha acreditado su clase de «stunt».

Otros «stunts» son los conocidos con el nombre de Brown y Penkinds. Estos trabajan, por lo general, conjuntamente. Sus trabajos son de los que dejan absorto y producen sudor frío. Recuerdo que una de sus hazañas consistía en hacer un transbordo de un aeroplano en plena marcha a un globo esférico; quedaban en la parte superior, y después, por las cuerdas que protegen su envoltura, descendían hasta la barquilla, y una vez en ésta, y como simularan una pelea, se arrojaban al espacio provistos de un paracaídas. Como se verá, la escena es de las que ponen los pelos de punta.

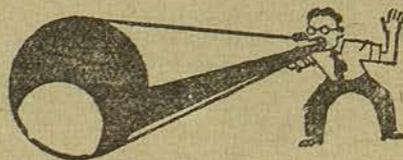
Penkins tiene un hermano menor que por largo tiempo se ha empeñado en seguir lo que él creía que era tradicional en su familia. Ha querido ser «suicida» y... francamente, no sirve. Sus nervios no están en consonancia, no van acordes con su enorme voluntad; y su hermano Perkins, se ha visto obligado a meterlo en sus labores de sastrería que había dejado abandonadas.

Otro coloso es Clarence Brown, el funámbulo de las alturas. Este hombre no conoce el vértigo; no sabe lo que es una excitación nerviosa. Por eso con su bicicleta, se pasea por las repisas de los enormes rascacielos neoyorkinos, con la misma tranquilidad que pudiera hacerlo por el paseo más llano y acondicionado de New York, y conste que un pequeño «tic» nervioso, una ligera indisposición, podrían poner en juego su más preciado tesoro ¡La Vida!

Tom Mix es uno de los artistas que no necesitan «suicida asalariado»; se sobra y se basta él.

Ya son notorios sus horripilantes ejercicios y sus cabriolas con su caballo favorito. Su valor, por otra parte, le deja a cubierto de lo que pudieran pensar de él los maledicentes.

Se podrían contar a millares los hombres de corazón a los que les importa un ardite la vida. Sería una relación larga, monótona y pesada. Por eso, hemos creído oportuno dar los nombres de los que «privan» a los ases de Hollywood, que equivale a decir de los ases mundiales.



## Mujer apache

Fué una verdadera lástima que Lya de Putty, la bailarina de las piernas maravillosas, no se quedara en América, donde hubiera acabado por conquistar entre la opinión de los americanos una gran notoriedad y hasta es posible que la hubieran nombrado reina por todos los ámbitos del dilatado país del tío Sam.

No se crea que hablamos en broma al tratar este punto.

Todo el mundo conoce la labor de esta linda artista húngara en América, donde no fué utilizada por las Empresas más que para desempeñar papeles antipáticos, papeles de mujer fatal, apache, que no le han sido de gran utilidad para el desarrollo de su talento y dotes artísticas.

Sin duda, Lya de Putty, con su fina percepción, se percató muy pronto, según ha declarado a unos amigos alemanes, que el derrotero que seguía no era el más conveniente a sus aptitudes, y pronto empezó a sentir oiertas inquietudes en los Estados Unidos, sobre todo después de la proyección de algunas películas, en las que desempeñaba alguno de los mencionados papeles.

El entusiasmo que despertaba entre los malhechores de ambos sexos se traducía en una nutrida correspondencia que le dirigían de todos los puntos del país, hasta de las cárceles y presidios, felicitándola.

Lya no quiere publicar estas cartas, que son muy curiosas, pero nos ha manifestado que en casi todas la invitaban a visitar los tugurios frecuentados por el hampa, donde no entran las personas decentes, sin exponer algo; pero que a ella le concedían este favor excepcional, únicamente atendiendo a los papeles desempeñados en ciertos films.

Y, ¡cosa singular! La mayor parte de los comunicantes de Lya de Putty no querían resignarse a creer que la artista no fuera realmente una "apache" cansada ya de conocer el delito y la vida de presidio.

¡No se puede ser mujer fatal impunemente!

No queremos pasar adelante sin mentar a Douglas. Su trabajo es harto conocido del público, y tememos que cuanto pudiéramos decir de este coloso de la pantalla, resultara pálido. Recordaremos, no obstante, su «Robin Hood» con sus proezas acrobáticas que lo sitúan en primera categoría de «estrella» y «stunt» todo en una pieza.

Lo mismo sucedía con Polo y Pearl White cuyas interesantes novelas de aventuras obligaban al buen público a personarse en los salones en día de estreno, como si se tratara de un rito sagrado.

Todo nuestro público conoce el trabajo de Ralph Forbes, llamado «Cabeza de acero», por ser un artista que no se inmuta cuando en una escena violenta le rompen en mil pedazos una

## John Gilbert quiere ser "espada-dachín"

Este coloso de la cinematografía, creía, hasta hace poco tiempo, que era uno de los ases del florete en Hollywood y lo que se llama un buen tirador por donde quiera que fuese; pero al «rodar» la película «Bardelys el Magnífico» que acaba de ser editada por la Metro-Goldwyn, se aperció de que sus conocimientos como esgrimista, dejaban bastante que desear, no obstante frecuentar asiduamente las principales salas de armas.

Su «metteur» King Vidor, estaba muy contento de las proezas llevadas a cabo por su intérprete; pero un día John oyó que alguien decía: «Gilbert como espada-dachín, no sirve ni para descalzar a Douglas; no creo que sea capaz de hacer olvidar el «D'Artagnan de «Los Tres Mosqueteros».

Esta reflexión picó el amor propio del artista y decidió «in mentis» hacer lo necesario para no ser inferior en habilidad a Douglas, no por envidia, ni celos profesionales, sino para evitar que sus compatriotas, cuya psicología conoce maravillosamente, pudieran ponerlo en un plano inferior al de aquel artista, al juzgar la labor de ambos.

Y pensado y hecho. Se fué a ver al profesor Emile, conocidísimo en Hollywood por haber sido maestro de casi todas las estrellas masculinas, y le anunció su intención. Quería ser su discípulo. Y lo fué. Fué el discípulo predilecto. Emile y Gilbert habían nacido para compenetrarse, para entenderse, hasta el punto de que al poco tiempo no podía distinguirse al profesor del discípulo. Gilbert quedó de hecho convertido en el espada-dachín más grande, en una figura de la esgrima, digna de figurar en cualquier torneo internacional.

Nos olvidábamos consignar que Emile es uno de los profesores mejor reputados de los Estados Unidos. De este profesor dijo en una ocasión Adolphe Menjou: «El día que quiera matar en duelo a alguien, iría a buscar la rece-

silla sobre su cabeza; y el de Harry Carey «El Hombre Antorcha» que desempeña un papel de antorcha humana en la moderna producción «The Trail of 98».

Y para terminar, diremos que el «stunt» de «Ben-Hur», antes de llegar a obtener un éxito en el vuelo de la cuádriga por él guiada y cuyos ejes estaban aserrados de antemano, precisamente, matemáticamente, para caer en el sitio indicado, ha sufrido una serie de caídas «preliminares», antes de acertar, capaces de volver loco al hombre más cuerdo y de cerebro mejor organizado del mundo... pero se ha salido con su idea; y esa escena de «Ben-Hur» es una escena cumbre, una escena imborrable, por lo grande, precisamente de su ejecución.

No queremos omitir una anécdota

## Visita imprevista

Mary Pickford había recibido en diferentes ocasiones cartas conmovedoras de una jovencita enferma, en las que la ponía al corriente del proceso de su enfermedad y le repetía que sentía por ella el afecto más profundo.

Como los artistas tienen tantas preocupaciones que les hacen imposible contestar toda la correspondencia que reciben de sus admiradores, Mary le respondía enviándole fotografías con tiernas dedicatorias.

No obstante, Mary conservaba el recuerdo de esa jovencita, y, buena como es, se reprochaba continuamente no haber intentado saber por lo menos si los padres de la chiquilla no necesitarían de su intervención pecuniaria para atender debidamente a su curación.

Un día encontré de viaje muy cerca del pueblo donde residía la joven en cuestión, por lo que decidió detenerse y presentarse de improviso en su casa.

Los padres, modestos obreros, quedaron absortos ante esta inesperada visita, y, como puede suponerse, la muchachita, loca de gozo, se arrojó al cuello de Mary, abrazándole con emoción, mientras declaraba con exaltación:

¡Estaba segura que vendría usted. ¡La quiero tanto!

Mary le dejó muchos regalos en la alcoba y después de su partida, uno de los mejores médicos del pueblo se presentó a sus padres para manifestarles que en adelante visitaría regularmente a la enferma, dándole asistencia completamente gratuita.

Este rasgo de Mary Pickford dice más, es más elocuente, que todo cuanto se escriba acerca de la gentil "vedette".

ta a casa de Emile». Esto es más elocuente que todo lo que pudiéramos decir acerca de la ciencia de este profesor en el difícil arte de esgrimir.

Por lo tanto, nos abstenemos de hacer comentarios al tratar del alumno, si como las crónicas dicen, es tan aventajado como el profesor.

que se cuenta en todos los estudios de Hollywood de un valiente «stunt»:

Tenía que filmarse una escena, en la que uno de los protagonistas se arrojaba desde un aeroplano a un río de la Florida; río habitado por lampreas y aligatores de todas clases.

Se buscó un «stunt» y se le advirtió del peligro que corría, al mismo tiempo que se le daban instrucciones para el mejor desempeño de su papel, y cuando los directores creían que el «suicida» (y conste que aquí cuadra la palabra) no aceptaría, contestó reposadamente:

«Lleven botiquín, porque me parece que hará falta; ahora bien, yo les aseguro que desde hoy «me acredito» como «stunt».

BENJAMIN DE ARAGON

UN MATRIMONIO MODELO

## DOUGLAS v MARY

Mary Pickford y Douglas Fairbanks son uno de los matrimonios mejor avenidos en Cinelandia y en muchas leguas a la redonda. La otra noche, visitando yo los estudios de Artistas Unidos, donde se está filmando "El Gaucho", se admiraba alguien de que Fairbanks se tomase la molestia de trabajar después de media noche para hacer unas escenas que hubieran podido hacerse a mediodía. No lejos de allí, Mary Pickford se desvelaba por hacer unas escenas nocturnas de "Mi mejor muchacha".

Por cierto que, para celebrar la terminación de su película, Mary Pickford ha tenido una idea originalísima. Ha invitado a trece "mejores muchachas" de trece ciudades americanas a pasar en Hollywood trece días por cuenta de ella. El viaje lo han hecho, desde Chicago, en un vagón especial. La selección de las muchachas fué hecha en un concurso en que fueron premiadas las que expusieron las razones más plausibles con que ellas pudieran justificar su deseo de venir a Hollywood.

## Maria Casajuana en Hollywood

María Casajuana sigue haciendo pinitos en los estudios de la Fox. A más de eso, ya no suspira tanto como antes por la Rambla de las Flores; ya se va adaptando un poco a la vida de Hollywood; anda sin medias, como buena aspirante a *flapper*; ha comprado un gran automóvil; ha chocado con un poste; y hasta se ha lastimado un poquillo los labios, que valen un dínaral, aunque no sepamos cómo saben sus besos.

LAS PELICULAS NO SE ENSAYAN

## Y los artistas quieren que se ensaven

Entre las cosas que han pedido los actores durante las discusiones relativas a la baja de sueldos, figura algo que no se comprende cómo no se ha exigido antes de ahora; que se ensaye una obra, por completo, antes de comenzar a filmarla. Acaso sorprenda al lector esta demanda. Le costará trabajo creer que no esté en práctica el ensayo general. Sin embargo, eso es lo que ocurre. Y no puede dejar de ocurrir mientras se hagan las películas en la forma de borrador que priva actualmente. Porque, aunque se emplee como guía aparente un libreto en el que se supone que se halla el esqueleto de la obra, una gran parte de la película es improvisada por el director o por alguno de los rarísimos seres a quienes el director se digna hacer caso. A veces, el dicho director dispone que los actores ensayen una escena. Comenzará diciéndoles lo que deben hacer y decir, y cómo deben colo-



EN EL MUSIC-HALL DE HOLLYWOOD

carse y moverse. Esas instrucciones estarán de acuerdo con el libreto o no; quizás el director haya tenido una idea distinta de la del autor al leer el argumento que éste le diera. Al ver a los actores llevar a cabo las instrucciones dadas, el director juzga si se fotografiará la escena así o de algún otro modo completamente distinto. En muchos casos la escena no se parece en nada ni a lo que inventara el autor ni a lo que al principio ensayara el director. A veces, ese cambio sugiere otros en las escenas ya fotografiadas—lo cual implica nuevos gastos—y en las que hayan de fotografiarse después. En resumidas cuentas, la película final y la que se proyectaba se parecen tanto como un huevo a una castaña. He ahí una de las causas principales del despilfarro pelicularo. Y en eso no tienen arte ni parte los artistas, quienes no hacen más que obedecer instrucciones, y, si a mano viene, no tienen ni la menor idea del argumento que están representando.

## De Broadway

Arlette Marchal y Ginette Maddie, se encuentran en Francia, procedentes de Hollywood. Esta última no ha abandonado, todavía, la esperanza de trabajar en California.

Sabemos que Ivan Mosjoukine, so pretexto de una pequeña operación quirúrgica, ha dejado los estudios de Hollywood para trasladarse a Berlín, en cuyos estudios trabajará ¿Volverá a América?

Tourjansky termina en Hollywood «La Tempestad» con John Barrymore; en la distribución figuran, Vera Veronina, George Fawcett, Louis Wolheim, y el hijo del gran artista de ópera, actualmente en el Liceo de Barcelona, señor Chaliapine. «La Tempestad» es una producción de «Los Artistas Reunidos».

## EL SOLAR DEL CINE

# FORT LEE, CUNA DEL SÉPTIMO ARTE

Fort Lee, en Nueva Jersey, junto al Hudson, es el solar —fué el solar, mejor dicho—, del cinematógrafo.

Una revista norteamericana dedica un largo artículo a describir el actual estado de Fort Lee. Los párrafos más interesantes dicen así:

«Estamos, pues, en Fort Lee, en Nueva Jersey, a diez minutos andando de la orilla del Hudson, sobre el que los «ferries» bastos, rojo-renegridos y graves, se esfuerzan por volar conduciendo su eterno cargamento de trabajadores, automovilistas y camiones. Este es Fort Lee, y en algún rincón del pueblucho verde y silencioso, ha de encontrarse el asiento de lo que fueran las primeras actividades de quienes en diez años habrían de convertirse, en gracia al milagro del cinema, en favoritos del mundo.

Inesperadamente —tan inesperadamente como el tranvía nos revelara el caserío mismo, para retirarlo en seguida de nuestra vista; tan inesperadamente que casi llega a sobresaltarnos, a arrebatarnos el aliento—, nos encontramos ante dos altas estructuras de acero holliniento y cristalería estrellada o polvorosa. Los ojos, suspensos, absorben la visión evocadora. Dos galerías de cristales nos traen inmediatamente a la memoria los principios del cinema, sus primeros pasos firmes. Y no queremos dar crédito a los ojos. ¡De seguro que esto no es! ¡Así, tan derruido, tan lastimosamente abandonado!... Pero lo que más alcanza a impresionarnos es el hecho de que hayamos tropezado así con los viejos talleres de Fort Lee, así tan simplemente, tan sin esfuerzo, tan sin advertencia alguna. Como antes, el grito enfático e inevitable de un letrado disipa nuestras dudas: «Fort Lee Studios».

Aquí es, sí.

Con un temor que tiene mucho de místico y otro tanto de material —nos escurrimos sin solicitar de nadie el permiso—, avanzamos, atravesando el portal del que ya no existen las verjas, y pronto estamos en una de las galerías. Nos sobrecoge, invenciblemente, ese abrumador respeto, temeroso y duro, a que nos despierta la presencia de todas aquellas cosas muertas que han vivido mucho. ¿Y qué, nos preguntamos, puede haber vivido nunca más intensamente que un «estudio» cinematográfico?

Los mil cristales de las galerías aparecen rotos, destruidos o por los vientos de los años o la mano inútilmente violenta de los vagos transeuntes. Aquí y allá, una vieja lámpara de mercurio, negra y retorcida, se agazapa como la armadura de algún monstruo irreal vencido en feroz encuentro. Fatigada, de seguro, de sus largos deberes, una decoración —una fachada, sencilla y económica, de iglesia luterana—, se apoya contra el muro. El piso está virtualmente al-

fombrado de papeles, tarjetas, cartones.

Sentimos un imperioso deseo de remover todo aquello, de asomar tras aquella puerta de iglesia, levantar el armazón de una lámpara, examinar todos aquellos papeles. Quizá tras ese decorado de iglesia, los personajes todos que en este «estudio», hace ya doce o quince años, interpretaran ahora célebres «estrellas», asistan a alguna ceremonia, quizá estas lámparas, aunque aparentemente muertas, estén prontas a reanudar la tarea de antaño. Todos estos papeles, quizá revelen algún secreto tremendo y valioso, la historia de un mundo extraño que alienta más allá de la pantalla.

Al decidimos a satisfacer el deseo de remover esos papeles, vamos evo-

cando páginas de la vida del cine que el lector ya volvió para siempre y comprendemos que en este «taller» de Fort Lee, un capítulo entero se escribió con intensa elocuencia. Casi todas son facturas, notas de caja, entradas, todo género de documentos que habian de aquel aspecto del cinema que, por poco que nos interese a nosotros, no ha dejado de ejercer su influencia en el desarrollo del arte novísimo. Mas también descubrimos originales de títulos: «Pero así como en la vida todo adquiere forma, así...»: palabras, frases sueltas que nos esforzamos por relacionar con alguna película vista en el pasado, con Clara Kimball Young, o Florence Reed, o Carlyle Blackwell. La memoria no nos dice nada, en muchos de los casos.

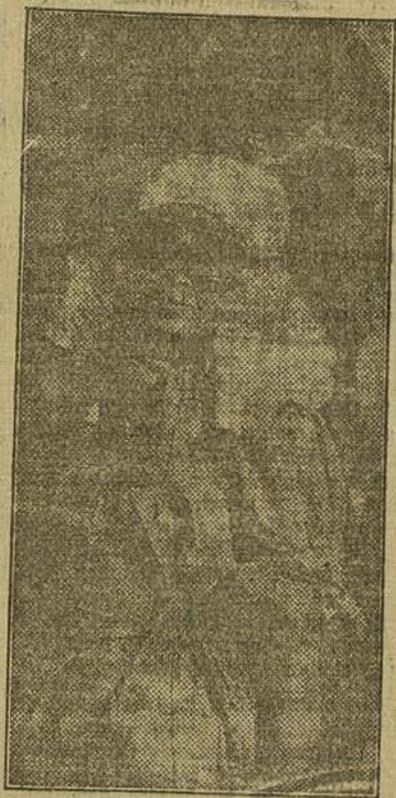
Una tarjeta de título, sin embargo, nos trae una sonrisa: esa película si que la recordamos, tan vividamente como es posible recordar de una película que pasó entre tantas de sus días: Dorothy Phillips en «Una vez en la vida de cada mujer», dirección de Allan Hollubar. Por entonces, Dorothy Phillips era, a nuestros ojos, una intérprete dramática de decisivo valor y de irresistible encanto, y su esposo, Allan Hollubar, uno de los grandes directores cinematográficos. Hoy, Dorothy Phillips, comentamos para nosotros mismos, asoma en dos o tres películas sin que apenas la concedamos atención. (La culpa, quizá, no sea suya, sino de los señores productores, que no la proporcionan una nueva oportunidad). En cuanto a Allan Hollubar, hace ya algunos años que el film de su vida alcanzó el último «desvanecimiento fotográfico».

Los nombres de Bobby Burns y Jobyna Ralston se repiten con frecuencia. Descubrimos numerosas fotografías en que sus nombres aparecen unidos en una serie de comedias. Y por un momento nos ahoga la desilusión de enterarnos así que ya en 1915, Jobyna Ralston era una mujercita, si bien la realización le que jamás nos ha interesado la ex-primerísima damita de Harold Lloyd nos devuelve el respiro.

Luego, una carta dirigida a Nicolás Kessel nos recuerda que bajo estos cristales, ahora en pedazos, Roscoe Arbuckle «Fatty», «Gordito» o «Triptitas», iniciara el período brillante de su carrera, con que dió al traste un escándalo nocturno. Aquí fué donde «Fatty» fue «Fatty» y en donde produjera una docena de películas cada tres meses, todas con títulos como estos: «Gordito Carnicero», «Gordito Ocupadísimo». Con él, aquí se vieron Francis Ford y Rosemary Theby filmando los truculentos episodios de una serie: «El Misterio Silencioso», cuyos carteles y anuncios encontramos aquí y allá.

¿En estos mismos «estudios» fué donde Florence Reed hiciera «El Có-

## UNA ESTRELLA.



### Su Nombre es Lillian

ELLA no participa de ningún concurso de adivinanzas, ni está tratando de ocultar su nombre. Esos espejuelos de automóvil son para proteger sus ojos del sol, el viento y la arena del Desierto de Mojave, donde la Metro-Goldwyn-Mayer está filmando una nueva película, bajo la dirección de Victor Seastrom. En caso de que Uds. no hayan adivinado ya, «Ella» no es otra que Lillian Gish.

# DESDE HOLLYWOOD

Otro de los más distinguidos enlaces celebrados recientemente en Cinelandia, fué el del simpático y culto George Landy con la bellísima Kathryn McGuire, a quien el artista James Montgomery Flagg declaró «la rubia más bella de Hollywood». Landy es director de publicidad en los estudios de la First-National. Ahora, si hemos de guarnos por aquello de que «Los caballeros prefieren a las rubias», acaso tengamos que considerarle también como el primer caballero de Cinelandia, toda vez que él ha preferido a la mejor de las blondas. ¿O será que el caballero debe preferir a las rubias en general? En ese caso ocuparía el primer puesto el que mayor número de ellas prefiera; y a fe que habría que luchar para alcanzarlo.

Al regresar Antonio Moreno de su viaje a Europa, comenzó a decirse que pensaba retirarse como actor y debutar en los estudios de Warner Brothers como director de películas. Por lo visto ha aplazado su evolución profesional. La Fox acaba de contratarle como primer actor para la película «Ven a mi casa», en que la flamante estrella Olive Borden desempeñará el papel principal.

Lita Grey va a construir su propia casa con una parte del dinero que ganó en su primer negocio matrimonial. Le va a costar cincuenta mil dólares. Tendrá, entre otras comodidades, seis baños y, en el jardín, una piscina para nadar. Parece que tiene el propósito de conservarse fresca.

El nombre de la dramática actriz del teatro americano aparece, en unión del de Jhon M. Stahl como director, en un cartel que adorna uno de los muros de un camerino. Probablemente, este camerino fuera el suyo. Aquí, quizás, Florence Reed vistiera las galas de una noble matrona italiana de la Edad Media... ¿De una noble matrona italiana? Aunque en un principio supusiéramos la frase escrita al azar, no es difícil que inconscientemente nuestra memoria nos haya traído la visión de aquella Luchecia Borgia que, en una ocasión, Florence Reed hiciera para el cine. Recordamos también que esa Lucrecia Borgia vivió por largo tiempo en nuestra retina.

Este, y así los otros tres o cuatro camerinos que componen la ala Norte del «studio», aparecen tan en ruinas como el resto de la estructura.

Sin que una sola de las piezas carezca de ventana, todas adquieren un tinte solemne de rincón lóbrego y obscuro, misterioso y sombrío. En ellos muchas mujeres y muchos hombres —de entre los cuales, unos reinan ahora sobre los públicos, otros reinaron brevemente y pasan hoy inadvertidos por las pantallas y otros más han desaparecido por el camino sin regreso—; en ellos, muchos hom-

Louis B. Mayer, uno de los dictadores de la Metro, ha firmado un nuevo contrato en el que se compromete a seguir siéndolo durante cinco años más. Gana unos ochocientos mil dólares al año, lo mismo ahora que antes de que se hablara de hacer economías en los estudios.

James Dugan, que fué carpintero en los estudios de la F. B. O., ha sido ascendido a director pelicularo de la misma Empresa.

La bailarina Marilyn Miller, al regresar de París sin divorciarse de su íntimo amigo Jack Pickford, con quien, según ella, no puede reconciliarse como esposa, tuvo especial cuidado en aclarar que no es cierto que ella y Jack hayan paseado juntos por París. Se encontraron allá una sola vez, por casualidad; pero la calumnia quien diga que paseó con su esposo. Con otros, sí.

En algunos lugares menos adelantados, tal vez sea todavía usual eso de que los maridos paseen con sus propias esposas. En Hollywood, un semanario cinematográfico nos ha hecho fijarnos recientemente en que algunas veces se presentan en público, juntos, maridos y esposas; y en esos casos, suele darse la noticia en las secciones sociales de los periódicos, como una novedad.

El otro argentino Barry Norton, que comenzó a distinguirse en «Lo que cuesta la gloria», acaba de ser «pres-

tado» por la Fox, que lo tiene escriturado, a la Paramount para desempeñar un papel importante en la cinta de aviación titulada «La legión de condenados».

Edwin Carewe, ha descubierto a otro artista mejicano. Se llama Carlos Amor y es primo de Dolores del Río. Desempeñará un papel secundario en la película «Ramona».

La boda de Norma Shearer e Irving Thalberg se celebró en familia y con una sencillez que no puede menos que atraerles simpatías, ya que ambos figuran entre lo más distinguido de Cinelandia y que podían, por ende, haber celebrado la ceremonia nupcial con solemnidad y boato extraordinarios. El, a los 27 años de edad, es el gerente general de la Metro-Goldwyn-Mayer, que es formidable Empresa peliculara. Ella, a los 23 años, es una de las primeras estrellas de la misma Compañía. Se casaron en la residencia que Thalberg compró hace poco para su novia.

Bendijo la unión el reverendo doctor Edger F. Magnin. Formaron el cortejo nupcial Marios Davies, Bernice Ferns (amiga íntima de Norma), Edith e Irene Mayer, hijas de Louis B. Mayer, que fué el padrino, Sylvia Thalberg (hermana del novio), Douglas Shearer (hermano de la novia), Jack Conway y King Vidor. Después de la cena, salió la pareja para el Canadá a disfrutar de una breve luna de miel.

bres y mujeres se despojaron de su propia personalidad para convertirse, por virtud de un poco de «cold cream», de unas ropas y de una voz de mando, en los protagonistas de una romántica aventura, en la que hubiera siempre sobra de valor, de audacia, de ternura y de sangre. Y ahora dijérase como que tras sus muros, tan negros que por un instante pensamos que un incendio dió fin a todo esto, el espíritu novelesco de tales aventuras permaneciera oculto, habiendo corrido a refugiarse allí al rumor de nuestros pasos intrusos, y pronto a reaparecer en cuanto nuestra indiscreta curiosidad abandone su retiro.

Asomándonos a todos los rincones del viejo «studio», nuestra imaginación rescata innúmeros incidentes en la romántica e intensa historia del cinema. Una habitación derruida ahora, parece ser el vestidor de los «extras». ¿Cuántos de esos «extras» o comparsas triunfan actualmente como luminarias? Y no sin melancolía, surge luego la inevitable interrogación: ¿Cuántos, también, de esos «extras» no habrán desaparecido de las pantallas o aun de la tierra, cerrando así para siempre lo que quizá fuero un acervo de promesas?

Un repentino sobresalto nos deja en suspenso: sentimos en todo nuestro

ser, imperiosamente, el peso de una mirada fija. Alguien, desde alguna parte, nos está viendo a los ojos. El sobresalto no es tan material como misterioso. No tememos, ni siquiera por un instante, que algún guardia nos haya sorprendido escurriéndonos en donde no debiéramos. En nuestro subconsciente hay la realización inmediata de que esos ojos, que nos miran ahora desde un punto del «studio» pertenecen a cualquiera de los novelescos espectros que atestan el lugar.

Y, de pronto, lo descubrimos. Entre unos botes, latas y cajas vacías, una cabeza de hombre joven, de amplio sombrero de «cow-boy» y roja pañoleta al cuello, nos observa, fijo y sonriente, desde la pintada frialdad de un cartel. Vamos a él, lo levantamos y le miramos cara a cara. Pero el «cow-boy» nos reta, firme y placido y termina por vencernos lamentablemente. El mismo cartel nos dice su nombre: Dustin Farnum. ¡Ah, el héroe invencible de las series epélicas! ¡El salvador eterno de la heroína! ¡El justiciero implacable, el apóstol magnífico de la virtud!

Temerosos de que su mirada persista en perseguirnos a través de los años, reprochándonos nuestra intromisión, retrocedemos, dejando para siempre a nuestra espalda aquel muerto universo.»



La fe y el amor. Elvira de Amaya pide a la «Moreneta» que devuelva a Luisita Gargallo la salud perdida... en «La última cita», de la Nacional Gaumont



Un descanso en el trabajo durante la filmación de «Cuatro hijos». La cerveza y el champán alternan fraternalmente, para brindar por el triunfo de Earle Foxe.

FGP-37



Louise Brooks, en plan de señorita maniquí... honoraria, se dispone a «lanzar» una linda toaleta invernal.



Norma Shearer, la gran actriz de la M. G. M., que piensa pasar sus vacaciones en Europa, acompañada de Irving Thalberg, su esposo

Escena familiar. Risas y sol. Risas de niños y del niño grande, que es en este momento íntimo Victor Mc. Laglen, el famoso astro de la Fox, intérprete de «Legado trágico», «Una novia en cada puerto» y «Pirata de río», sorprendido en el jardín de su casa.





No sean ustedes indiscretos y tengan la bondad de no mirar. Aunque quizá en esta bella instantánea de Nancy Carroll, de la Paramount, lo único indiscreto sea la sombrilla